

TESTIGO Y PRECURSOR



SVAMI BRAHMADAND-HAV UPÁDHYAY fue el converso a Jesucristo más famoso que surgió en la India en el siglo XIX. Murió en el siglo XX. En una alocución, pública en la Navidad de 1889, presentaba ya a Cristo como el Gurú (maestro espiritual) inmaculado que ansiosamente esperaba la India. En mayo de 1891 inicia la publicación mensual «The Harmony», cuyo objetivo es, según él mismo, promover «la reconciliación de todas las religiones en Cristo».

A principios de 1891 recibió el bautismo de manos de un pastor anglicano, y en otoño del mismo año se hizo católico. Enseguida inició una brillante carrera como publicista y orador al servicio del Evangelio. Creó entonces una revista que primero tituló «Sophia» y después «Siglo XX», revelándose como un agudo polemista.

Upádhvay, se manifestó en todo como un hindú-católico en el auténtico sentido del término. Defendía su postura distinguiendo, con base en la tradición, entre las obligaciones que se siguen de la pertenencia a la sociedad hindú y los deberes particulares de cada miembro de esta sociedad según el camino que haya escogido para la perfección espiritual. En su caso la religión católica. De este modo es perfectamente posible seguir siendo hinduista en sentido social ateniéndose concienzudamente, como hizo él, al cumplimiento de los deberes como miembro de la sociedad hindú y ser a la vez católico, decidiéndose libremente por el camino cristiano.

Upádhvay intentó también fundar una orden de monjes católicos, que deberían llevar la vida de un sannyasi (monje peregrino hindú), como él había hecho desde su conversión. Pero, al no encontrar una atención adecuada, el proyecto no pudo salir adelante. Sin embargo, estas tentativas suyas dieron pie a las aspiraciones de Monchanin y de otros monjes católicos de la India posterior.

La influencia de Upádhvay continuó durante los primeros decenios del siglo XX. Influyó en Gandhi que a los dos viejos conceptos de la verdad y no violencia les dio un nuevo sentido introduciendo en el primero todo el contenido de la búsqueda cristiana de Dios, la búsqueda de la verdad y, haciendo extensivo al segundo el amor cristiano al prójimo.

Número 3.092 29-1-12
Roger de Llúria, 4
08010 BARCELONA
Tel.: 93 318 18 96
obr@obracultural.e.telefonica.net
Www.obracultural.org

HOJAS CULTURALES



POR LA SENDAS DE SAN FRANCISCO

JOANNES JOERGERSEN (1866-1956) nació en 1866 en Svenborg, en la isla de Fionia (Dinamarca). Su familia era de luteranos convencidos y practicantes. En 1882 viaja a Copenhague para asistir a los cursos del liceo. Su héroe fue el novelista Strindberg. Se dio a las aspiraciones revolucionarias, anárquicas y ateas y al vicio. Ca-

yó en la miseria y llegó a vender los libros que tenía y a llamar una noche a la puerta de un refugio de mendigos. Logró emplearse como secretario de redacción de un periódico sueco de ideas muy avanzadas. Se casó y fue feliz, pero la felicidad, fundada sobre bases exclusivamente humanas, no duró mucho y reconoce que el fracaso del matrimonio fue por culpa suya.

En la conversión de Joergersen influyeron mucho Mogens Ballin y Verkade. En la primavera de 1894, los dos amigos, ya católicos, con espíritu de caridad cristiana socorrieron al infeliz. Fue un camino duro y lleno de incertidumbres y descorazonamientos. Escribió en su diario: «La vida y la felicidad del hombre sólo se encuentran en Dios. Fuera de Él, todo es vanidad y desventura». Llevó una vida retirada en Pistoia, ocupado en estudiar la doctrina católica. Verkade desde lejos le enviaba libros y resolvía las dificultades y dudas de su amigo.

Su amigo Ballin, que se encontraba en Asís, le ofreció fraterna hospitalidad. Estudió en la escuela de San Francisco. Fue acogido en el seno de la Iglesia, el 16 de febrero de 1896. Más de 70 volúmenes han salido de la pluma fecunda de Joergersen, considerado figura eximia del simbolismo danés. Si como poeta y publicista se había conquistado desde 1887 un puesto de primerísimo plano en la joven literatura danesa, Joergersen escritor de vidas de santos se superó a sí mismo. Se ha juzgado que la más genuina originalidad de Joergersen como hagiógrafo es la íntima, la armónica fusión de la ciencia con la poesía.

Joergersen fue un hombre afable y sencillo, de simplicidad franciscana. Si uno iba a su casa, podía esperar que fuera recibido con toda cordialidad. Se distinguió por una profunda piedad. Su apostolado lo entendía así: traducir en cada acto de la vida diaria lo que afirmaba con la palabra y con la pluma, catequizar no tanto con sus discursos como con el ejemplo, como hizo San Francisco. Puso en práctica su fe con generoso e inmutable ardor. Asís quedó como su segunda patria o más bien su verdadera patria espiritual.

LA VERDAD ES TU RIQUEZA

Juan José era un hombre maduro, rozando los cincuenta años. Le conocía desde unos años atrás. Trabajador como ninguno, montó un pequeño negocio y mal que bien iba sacando adelante su numerosa familia. Pero faltó trabajo, llegaron pagos, se le negaron créditos y una mala mañana recorrió el calvario que va del juzgado a la cárcel.

-Todo esto pasará -le decía en una de las visitas que le hice a la cárcel-. Lo que importa es el esfuerzo, la lucha; la victoria no es un don que depende solamente de uno mismo.

-Sí, luchar para romperse el alma -me contestó.

-Luchar para ser tú mismo. Ambición no es avaricia. Ambición es ganas de ser y avaricia ganas de tener, de amontonar cosas. Ambicionar es llenar tu hombría de bien, ofrecer a tu esposa y a tus hijos, a los hombres y al mismo Dios el fruto de tus trabajos y esfuerzos. Sacar a luz el vivo manantial que duerme en tus entrañas. Avaricia, es cegar a cal y canto el dulce manantial de tu espíritu. Avaricia es encharcarse, como un sapo, en el lodo y la escoria de este mundo. Ambición, volar en humildad cortando el aire a fuerza de alas y coraje.

-¡Ambición...! También yo ambiciono libertad para encontrar la paz, para dar seguridad, compañía, amor y alegría a mi esposa y a mis hijos...

-¡Libertad, paz! La paz está en la justicia y en la verdad. La verdad es ser uno mismo, vivir sinceramente y sin engaños, despertar de este sueño amodorrado que nos lleva a la rutina y a la inactividad espiritual.

Lo veía nervioso. No acertaba a ver el efecto que mis palabras hacían en su espíritu. Quería que volvieran a su corazón el optimismo, la esperanza y las ganas de vivir. Y así, de pronto, me espetó con furia:

-Y ¿qué hace Dios?

-Justicia, le contesté.

-¿Cómo?

-Dándote la verdad. Tú sabes que la tienes. Te faltan y te faltaron unos miles de euros, pero tienes la verdad de tu trabajo y de tu honradez.

-Yeso ¿qué vale?

-Ya lo ves. A veces una cárcel, la ausencia de una esposa y unos hijos, soledad, desprestigio, yo qué sé. La verdad vale lo que vales tú, tu existencia, tu felicidad, tu eternidad. Mira, Juan José. Cristo tenía la verdad, era la Verdad y por eso mismo lo encarcelaron y lo mataron. Ésta es la justicia de Dios: LA VERDAD. Hay gentes que hacen profesión de cristianos para dedicarse a una vida de canallas. No te suceda a ti lo mismo.

Cuando quise levantarme del banco tenía a Juan José abrazándome en vivo llanto.

LA ARROGANCIA

Si el vanidoso sólo vive para escuchar las alabanzas de los demás, el arrogante se cree superior y no pocas veces actúa como tal. Dado que lo que piensa de sí mismo suele ser mucho más de lo que es, el arrogante corre peligros de los que podría salvarse. Eso fue lo que le pasó a un lobo en esta historia que debemos a los hermanos Grimm:

"Un día el zorro ponderaba al lobo la fuerza del hombre: no había animal que le resistiera, y todos habían de valerse de la astucia para guardarse de él.

A esto respondió el lobo:

-Como tenga ocasión de encontrarme con un hombre, ¡vaya si arremeteré contra él!

-Puedo ayudarte a encontrarlo -dijo el zorro-; ven mañana de madrugada, y te mostraré uno.

Se presentó el lobo temprano, y el zorro lo condujo al camino que todos los días seguía el cazador. Primeramente pasó un soldado licenciado, ya muy viejo.

-¿Es eso un hombre? - preguntó el lobo.

-No -respondió el zorro-, lo ha sido.

Se acercó después un muchacho, que iba a la escuela.

-¿Es eso un hombre?

-No, lo será un día.

Finalmente, llegó el cazador, la escopeta de dos cañones al hombro y el cuchillo de monte al cinto. Dijo el zorro al lobo:

-¿Ves? ¡Eso es un hombre! Tú, atácalo si quieres, pero, lo que es yo, voy a ocultarme en mi madriguera.

Cargó el lobo contra el hombre. El cazador al verlo dijo:

-¡Lástima que no lleve la escopeta cargada con balas! Apuntándole, le disparó una perdigonada en la cara. El lobo arrugó intensamente el hocico, pero, sin asustarse, siguió derecho al adversario, el cual le disparó la segunda carga. Reprimiendo su dolor, el animal se arrojó contra el hombre, y entonces este, desenvainando su reluciente cuchillo de monte, le asestó tres o cuatro cuchilladas, tales, que el lobo salió a escape, sangrando y aullando, y fue a encontrar al zorro.

-Bien, hermano lobo -le dijo este-, ¿qué tal ha ido con el hombre?

-¡Ay! -respondió el lobo-, ¡yo no me imaginaba así la fuerza del hombre! Primero cogió un palo que llevaba al hombro, sopló en él y me echó algo en la cara que me produjo un terrible escozor; luego volvió a soplar en el mismo bastón, y me pareció recibir en el hocico una descarga de rayos y granizo; y cuando ya estaba junto a él, se sacó del cuerpo una brillante costilla, y me produjo con ella tantas heridas, que por poco me quedo muerto sobre el terreno.

-¡Ya estás viendo lo arrogante y mentecato que eres! -dijo el zorro-. Echas el hacha tan lejos, que luego no puedes ir a buscarla.